

MERCADO DE TRABAJO Y ACCION SINDICAL EN LA ARGENTINA, 1890-1922*

OFELIA PIANETTO

1. El problema historiográfico

La lectura de la mayoría de los trabajos que se ocupan del sindicalismo histórico argentino sugiere un desarrollo de la acción obrera en el que su curso y alternativas parecen realizarse en un universo casi independiente y ajeno al proceso de producción y a las relaciones de poder que se estructuran en la Argentina a partir de 1880. La aseveración es, sin duda, excesivamente general y rotunda, pero permite demarcar el complicado nudo teórico-metodológico que debe enfrentar la investigación de los movimientos sociales en la Argentina. La situación se plantea por que todavía el grueso de esos trabajos proviene de los militantes de las distintas corrientes políticas que gravitaron en el proceso de formación de la clase obrera y, por esto, la reconstrucción es apasionadamente parcial y centrada en la actividad organizativa e ideológica de sus líderes y activistas. De esta forma, lo que debiera ser testimonio es todavía historiografía y ha generado una serie de mitos tan sólidamente establecidos que aún hoy sirven de base para el análisis histórico y la discusión política. Uno de esos mitos es el que atribuye al carácter de extranjeros de la mayoría de los trabajadores y a las ideologías obreristas una fuerza causal casi determinante en el surgimiento y desarrollo de la acción sindical en la Argentina: los inmigrantes extranjeros habían traído de sus países de origen una ideología y una experiencia sindical que aquí repetirían; obviamente, esto es válido para una buena parte del grupo obrero dirigente que, efectivamente, aporta ideología y experiencia al movimiento obrero argentino. Paradójicamente, esa interpretación es común a los reivindicadores

y denostadores de las luchas obreras, porque fue relativamente frecuente en los primeros años del siglo que portavoces del poder calificaran al movimiento obrero como un "fenómeno extraño e indeseable" en un país que ofrecía "posibilidades de progreso personal para todos", sólo explicable por el inadecuado traslado de "ideologías foráneas". Por su parte, la historiografía científica ha dedicado poca atención al tema y los estudios existentes lo abordan con preferencia desde una perspectiva organizativa e ideológica¹.

* Este trabajo es producto de las investigaciones en marcha sobre el sindicalismo histórico de Córdoba y Rosario, las que contaron con el apoyo de CLACSO y del Social Science Research Council. Agradezco a Aníbal Arcondo, Leandro Gutiérrez e Hilda Sabato sus comentarios críticos y sugerencias. Una versión previa fue presentada en el Seminario sobre "Modernización y Sistema Político en el Río de la Plata (1875-1933)", organizado por el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), en Montevideo, del 17 al 19 de noviembre de 1982.

¹ Entre las obras de los militantes, las más representativas son: Diego ABAD DE SANTI LLAN: *La FORA, ideología y trayectoria* (anarquista); Sebastián MAROTTA: *El movimiento sindical argentino* (sindicalista); Jacinto ODDONE: *Gremialismo proletario argentino* (socialista); y Rubens ISCARO: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino* (comunista). De la producción historiográfica se cita en forma indicativa a: Julio GODIO: *El movimiento obrero y la cuestión nacional*, Ed. Erasmo, Buenos Aires, 1972; Iacov OVED: *El anarquismo y el movimiento obrero argentino*, Ed. Siglo XXI, México, 1978; Jorge SOLOMONOFF: *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*, Ed. Proyección, Buenos Aires, 1971; y Hobart SPALDING: *La clase trabajadora argentina*, Ed. Galerna, Buenos Aires, 1970.

En realidad el centro de interés no ha variado, porque la acción sindical constituye la expresión concreta de la solidaridad de la clase, desde donde se instrumentan los movimientos ofensivos y defensivos de los trabajadores en el interior de las relaciones de producción capitalistas y, por cierto, la teoría y las tácticas de los dirigentes tienen una decisiva influencia en las formas que adoptan esos movimientos. Pero la acción de los militantes es tan sólo la brillante superficie de un concreto histórico mucho más complejo, que con relativa invisibilidad esconde los nudos de resistencia e integración del conjunto de los trabajadores en el proceso de hegemonía que desarrolla la burguesía terrateniente argentina entre 1880 y 1930. El análisis centrado en la unidad inmigrante-trabajador, en la que el primer término pesa decisivamente, casi encubriendo al segundo, enmascara el proceso de formación de la clase obrera, sin resolver la problemática sociocultural que plantea el origen extranjero de los asalariados. Por el contrario, si el objeto de análisis es el conjunto de los trabajadores de la estructura agroexportadora, surgen más claramente los elementos que condicionan la dinámica del movimiento social y de la estructuración de sus organizaciones. Esta limitación fue superada en la medida en que la empiria nutrió a la teoría: las investigaciones realizadas sobre el movimiento obrero de Córdoba probaron que la mayoría de los asalariados urbanos de esa ciudad, así como buena parte del grupo sindical dirigente, eran de origen nativo y desarrollaron un importante proceso de luchas reivindicativas². De esta forma readquiere prioridad el actor social "trabajador", entendiéndolo por ello a la masa de trabajadores que con su participación definitoria hizo posible —o no— la acción y organización sindical.

Estudiar los "nudos de resistencia e integración" de los trabajadores implica poder observarlos en su inserción como productores en la estructura agroexportadora, en su participación en la sociedad civil como sindicalistas y en su condición de ciudadanos a través de la práctica política. En el análisis de esas prácticas se tendrán en cuenta los elementos que favorecen su cohesión como grupo —la condición obrera— así como la influencia que tengan en ellas los mecanismos de consenso canali-

zados a través del aparato del Estado, no sólo el ordenamiento jurídico, general y específico, sino en forma especial los roles de la educación y la participación política; en este sentido puede resultar de singular importancia conocer los efectos de la implantación en 1883 de la enseñanza primaria obligatoria, laica y gratuita, así como de la implementación a partir de 1912 del sufragio obligatorio, universal y secreto teniendo en cuenta que si bien la participación política y la transmisión del saber pueden ayudar a consolidar determinadas estrategias de poder, también crean la posibilidad de resistir y disputar ese poder. Este trabajo no incluye todas esas observaciones, pero el papel central que se le otorga a las variaciones en el nivel ocupacional como causas que posibilitan o traban el desarrollo de la organización y luchas sindicales pretende acercarse a la relación trabajador-productor, trabajador-sindicalista, y como por otra parte los mecanismos del mercado son controlados por los sectores dominantes (a través de la política inmigratoria, por ejemplo), el contexto de análisis parece ampliarse significativamente.

2. Mano de obra agrícola y clase obrera urbana

Durante el período 1880-1930 se conforma en la Argentina un capitalismo dependiente, cuya tónica dominante es un notable crecimiento del sector externo estimulado por la creciente demanda internacional de alimentos. Los mecanismos dinamizadores de ese proceso son las inversiones de capital extranjero, la importación masiva de mano de obra a través de la inmigración y la incorporación de tierras al sistema productivo.

El proceso colonizador, especialmente el que se inicia a partir de 1890, se funda en los intereses del sector ganadero: el estanciero (terrateniente) arrienda una parte de su propiedad al campesino inmigrante a condición de que lo deje cultivado con forrajes para criar su ganado. El sistema de arrendamientos es a plazos muy cortos, situación que favorece la

² Ofelia PIANETTO: "Mercado de trabajo y acción sindical en Córdoba, 1880-1930" CLACSO, 1977 (inédito).

explotación extensiva, única forma que el campesino encuentra para producir el máximo con los más bajos costos. El carácter extensivo de la explotación, la relativa poca mecanización de las tareas agrícolas y las enormes dimensiones del área sembrada imponen la utilización de abundante mano de obra asalariada en la recolección de los cereales; el Censo Agropecuario Nacional de 1908 consigna que ese personal representa el 56 por ciento del total de individuos ocupados en el sector.

Paralelamente a la transformación agraria se produce una notable urbanización en la zona de la pampa húmeda, fenómeno que afecta especialmente a las ciudades de Rosario y Córdoba, que en 1914 tienen más de cien mil habitantes, y el caso excepcional de Buenos Aires que, para la misma fecha, sobrepasa el millón. Según Gino Germani el proceso se dio de la siguiente manera:

Censos	Población urbana	Población rural
	(en por cientos)	
1869	28	72
1895	37	63
1914	53	47

Fuente: Gino GERMANI: *Estructura social de la Argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1955, pág. 67.

Si bien los cambios en la estructura productiva debían necesariamente promover el desarrollo del comercio y servicios y de ciertas industrias derivadas de la expansión agropecuaria y de la creciente demanda interna, el crecimiento de esas actividades no parece ser causa suficiente para explicar las dimensiones que adquiere la población urbana en un país eminentemente rural. La aparente paradoja se acentúa cuando Germani comenta las enormes dificultades que ofrecen los Censos Nacionales de 1895 y 1914 para agrupar a la población por rama de actividad, debido a la considerable proporción de personas dejadas al margen de toda clasificación bajo denominaciones genéricas como "jornaleros", "peones" y "personal de fatiga", especialmente si se considera que estas categorías representan el 30 por ciento de la población masculina potencialmente

activa de Córdoba, Rosario y Buenos Aires en 1914.

Es muy común que sean las épocas de crisis las que inciten los análisis y reflexiones sobre las causas de largo plazo que condujeron a ellas y que el optimismo de la prosperidad mantenía ocultas. Y eso sucede con los informes oficiales elaborados durante la masiva desocupación que se verifica en el país entre 1914 y 1917, en los que tiene decisiva participación Alejandro Bunge, uno de los intelectuales más lúcidos de ese período³. Ese abundante material permite reconstruir los lineamientos básicos de funcionamiento del mercado de trabajo, así como también las aparentes paradojas en la distribución profesional y geográfica de la población. La riqueza de uno de esos informes hace pertinente transcribir los fragmentos que se consideran fundamentales para la explicación a desarrollar:

...desde que se inició la exportación de cereales ha ofrecido dificultad la distribución de brazos. Nuestras formas de cultivo hacen más pronunciada que en país alguno la diferencia entre el número de brazos de la población agrícola permanente y el de la transitoria reclamada durante las cosechas. Esta diferencia existirá siempre, más o menos pronunciada; su disminución será paralela al desarrollo de los cultivos intensivos, de rotación, y a la transformación de chacras y estancias en granjas. Entre tanto, reviste importancia para la economía del país esa periodicidad de la demanda y merece ser comprobada en lo que se refiere al número de brazos demandados, épocas, forma de provisión, ocupación de esos brazos durante el resto del año, corrientes migratorias de los centros urbanos a las regiones agrícolas y de éstas a aquéllos, del exterior del país a él, de él al exterior. Desde luego se nota que la provisión de brazos se obtiene de dos fuentes distintas, igualmente importantes: el inmigrante que viene del exterior, casi directamente a la cosecha, y el elemento radicado en el país, que por encontrarse sin ocupación

³ Este material del Departamento Nacional del Trabajo ha sido utilizado extensamente en el análisis del tema por Roberto CORTES CONDE en su libro *El progreso argentino, 1880-1914*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1979. El hecho de haber recurrido a las mismas fuentes se pone de manifiesto en algunas observaciones comunes a ambos trabajos.

en la época de la demanda o por considerarlo más ventajoso se dirige a las regiones agrícolas. Una parte del primer elemento regresa al país natal. Esta categoría de brazos, que se ha denominado inmigración golondrina, adquiere importancia y caracteres estables desde el año 1907...

...el número de los que llegan en los meses de cosecha y se ocupan de ella es mayor que el que regresa; el resto lo absorbe la actividad nacional, hasta ahora. El segundo elemento que aporta brazos a la cosecha, formado por jornaleros de toda clase, parte algunas veces de los centros urbanos con colocación ya asegurada, pero lo general es que desde el momento en que abandona el trabajo para dirigirse a la cosecha hasta que principia a obtener ocupación transcurren algunas semanas. Terminadas las faenas se ven obligados nuevamente a buscar colocación. Algunos la obtienen de inmediato, pero la mayoría debe esperar semanas y aun meses para obtenerla; para otros, transcurre el resto del año sin haberla conseguido. El movimiento de flujo y reflujo de esta enorme masa de trabajadores obedece a una necesidad real y permanente y reviste caracteres constantes, pero se hace dentro de esas grandes líneas de manera irregular. Los jornaleros que concurren a un establecimiento o a una región son sólo con excepción los mismos que concurren el año anterior. Las plazas dejadas por ellos en los centros urbanos y obras públicas son generalmente cubiertas por otros elementos y al regreso de la cosecha son excepcionales los casos en que vuelven a ocupar sus anteriores puestos; con frecuencia toman trabajo de índole muy distinta al que habían abandonado⁴.

Como señala el informe, la provisión de mano de obra para la agricultura —actividad que determina la demanda general— se nutre de las corrientes migratorias internas e internacionales. Con respecto a las primeras, Sergio Bagú señala que la creación del mercado nacional genera un reordenamiento profesional de la población económicamente activa de origen nativo, fenómeno que conlleva el desplazamiento físico de una parte considerable de esa población. Los datos del Censo Nacional de 1914 le permiten determinar a ese autor que para ese año el 29,8 por ciento de los catamarqueños, el 26,1 de los puntanos (San Luis), el 25 de los riojanos y el 20 por ciento de los sanjuaninos —para

citar los casos más representativos — se encuentran fuera de sus provincias de origen y radicados en los grandes centros urbanos de la pampa húmeda, región que centraliza la expansión agropecuaria; en esas provincias, por otra parte, se verifica una apreciable disminución de la población rural, lo que induce a suponer que los migrantes son expulsados de esas zonas por la quiebra de la agricultura tradicional que resulta de la producción en gran escala y atraídos por los altos salarios hacia la región en expansión. Ese proceso afecta fundamentalmente a las provincias del noroeste argentino, e incluye también a los departamentos del norte y oeste de Córdoba, antiguamente los más poblados; un comentario periodístico cordobés describe así la situación en 1900:

...un largo ejército de la gente sin trabajo de muchos departamentos del norte y de las provincias vecinas desfila silencioso por nuestros caminos. No podríamos precisar su número pero pueden contarse por millares. E el éxodo de los desesperados del hambre... del proletariado de los campos que termina yendo hacia el sud cuyas tierras son más fértiles y donde las industrias son más prósperas⁵.

Alfredo Lattes estima que esa migración rural-urbana involucró, entre 1895 y 1915, a 325.000 argentinos, y si bien su importancia es relativa frente al volumen de extranjeros que se integra a la urbanización en el mismo período —que es de 1.480.000 personas—, será relevante para el análisis histórico-social el hecho de determinar el inmediato origen campesino de uno de los grupos poblacionales que va a integrar la fuerza de trabajo urbana⁶.

La inmigración de ultramar, italiana y española fundamentalmente, constituirá el grueso de la mano de obra de la estructura agroexportadora. Esa afluencia masiva de

⁴ Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, N° 33, 1916, págs. 11 y ss.

⁵ Sergio BAGU: *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, Ed. Esquema, Venezuela, 1969. El comentario periodístico es de *La Libertad*, Córdoba, 20/11/1900.

⁶ Alfredo LATTES: *La dinámica de la población rural en la Argentina entre 1870 y 1970*. Cuaderno del CENEP, N° 9, Buenos Aires, 1981.

Europeos, que genera un cambio socio-cultural definitivo en la Argentina, tiene origen en una reestructuración del mercado mundial de trabajo, en la que la crisis agraria europea de segunda mitad del siglo XIX expulsa grandes masas rurales, especialmente de Italia; hacia las zonas templadas, a las que también se dirigen los capitales producto de la expansión financiera internacional. Sería de suma importancia indagar la fuerza que tuvo el factor de expulsión, porque eso ayudaría a medir la influencia real que tiene la política deliberada del gobierno argentino como factor de atracción, al ofrecer a los inmigrantes el acceso a la propiedad de la tierra, la seguridad de que el trabajo productivo debía necesariamente conducir al progreso individual, en el contexto de una sociedad tolerante y protectora de los derechos individuales. Pero la gran propiedad, "la estancia", "el tipo de explotación" —como dice el informe— va a frustrar las expectativas de acceso a la propiedad de la tierra y una parte considerable de esos inmigrantes terminan integrados al país como mano de obra asalariada de la estructura agroexportadora. El análisis de Beyhaut, Cortés Conde, Gorostegui y Torrado sobre la inserción de los inmigrantes extranjeros en el sistema ocupacional confirma el predominio del origen rural de esa población; entre 1857 y 1924, el 45 por ciento de los inmigrantes declaran ser agricultores; analizada por períodos, esta categoría varía del 70 al 65 por ciento entre 1870 y 1890, para luego descender bruscamente hasta el 20 por ciento hacia 1920; pero al descenso de la categoría agricultores es paralelo un notable aumento de la de "jornaleros", que precisamente comienza a ascender a partir de 1890, en que se generaliza el sistema de arrendamientos y aumenta en consecuencia la demanda de mano de obra asalariada, y de un 10 por ciento para esa fecha llega al 40 en 1920. A pesar de esto, el Censo Nacional de 1895 consigna que de cada 100 extranjeros sólo 34 tienen ocupaciones agrícola-ganaderas y en 1914 ese porcentaje desciende a 26⁷. Esa explicación confirma que el destino de esos extranjeros de origen campesino es el de integrar el millón y medio de europeos que, según Alfredo Lattes, son residentes urbanos e integrantes de lo que siempre ha sido calificado como un temprano proceso de urbanización y de proletarización, sin un desarrollo

industrial que lo justificara. La segunda parte del informe oficial descubre el fenómeno que oculta la "temprana urbanización": una importante cantidad de mano de obra no calificada, que para 1914 puede estimarse en un 30 por ciento de la población masculina potencialmente activa de los centros urbanos, se ocupa ahí en tareas no calificadas para luego dirigirse a las zonas agrarias a efectuar la cosecha de cereales. Ese flujo y reflujo estacional de mano de obra entre campo y ciudad determina una dinámica particular y permanente en el mercado de trabajo argentino entre 1890 y comienzos de la década de 1920.

Las reflexiones que sugiere la dinámica del mercado de trabajo conducen a desarrollar dos líneas de explicación: por una parte, explicitar las características del mercado de trabajo y, por la otra, determinar las influencias que esas características tienen en el desarrollo de la clase obrera urbana.

La amplia disponibilidad de mano de obra no calificada se ajusta a las necesidades que plantea la estructura productiva agroexportadora: por una parte provee la demanda estacional de la agricultura, pero no menos importante es esa disponibilidad para llevar a cabo todas las obras de infraestructura, como ferrocarriles y puentes, por ejemplo, que en forma vertiginosa se construyen en ese período para encauzar hacia el exterior la producción agropecuaria. Esta forma particular de funcionamiento de la fuerza de trabajo —se insiste en recordar— es posible porque la población asignada se moviliza por la quiebra de la agricultura tradicional en el país y por la crisis agraria europea, hecho que facilita su desplazamiento geográfico y ocupacional por espacio de treinta años. La significación de este fenómeno se mide también por sus notables dimensiones, ya que según Bunge hacia 1914 son alrededor de 300.000 los individuos que participan en el movimiento estacional de las cosechas. Esta cifra incluye la inmigración "golondrina" europea, numéricamente importante desde 1907 y que es atraída sin duda por salarios que compensan el traslado y que

⁷ Gustavo BEYHAUT, Roberto CORTÉS CONDE, Haydée GOROSTEGUI y Susana TORRADO: "Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino", en *Argentina, sociedad de masas*, Ed. EUDEBA, Buenos Aires, 1965.

contribuyen en la Argentina a mantener una fluida y más barata oferta de mano de obra para la agricultura. La distribución de la mano de obra agrícola, aun en épocas de demanda excedente, se realiza en forma desordenada; los contingentes de braceros van de una estación ferroviaria a otra "...siguiendo muchas veces rumores infundados, atacando los trenes y obligando a los empleados intimidados a llevarlos hasta donde se cree haya trabajo..."⁸. Los hechos de violencia se intensifican en los años de malas cosechas y en los períodos de oferta excedente de fuerza de trabajo.

Las dimensiones de la mano de obra agrícola asalariada permiten suponer que la residencia urbana de esa población determina una influencia importante en el mercado de trabajo urbano, y que las distintas alternativas en la oferta y demanda de mano de obra agrícola deben producir situaciones similares en las actividades económicas urbanas, situación que debe haber influido aun en los oficios e industria como efecto de expansión. El flujo y reflujo estacional genera también la particularidad de que la oferta de trabajo se acrecienta en los meses de invierno, en los que los trabajadores agrícolas están en la ciudad.

En las ciudades-puerto como Rosario, de gran desarrollo terciario, la flexibilidad ocupacional encuentra canales casi naturales para realizarse; el historiador Juan Alvarez, contemporáneo del proceso y residente en esa ciudad comenta al respecto:

...si no todos los obreros de la ciudad son aptos para las faenas de las cosechas, es indudable que una masa de población bracería, que trabaja en las empresas comerciales, en obras públicas, en el puerto y en la edificación, ha de preferir los jornales atrayentes de las colonias a sus ordinarias ganancias en la ciudad⁹.

Sin embargo, la población de origen campesino participa desde muy temprano en el trabajo industrial y en un estudio sobre el personal de las manufacturas de Buenos Aires de 1904 se señala que

...el personal de fábricas y talleres se forma con gente jornalera, sin oficio determinado, sin educación especial, a la que se adiestra en el manejo de la maquinaria en

breve tiempo, siendo muchas veces personal mudable, al que se puede someter al jornal mínimo y que se traslada de un oficio a otro, o que abandona el que ha tomado por casualidad para salir en los meses de setiembre a junio a ocuparse de la esquila, siega y trilla de cereales y recolección del maíz...¹⁰.

La particular dinámica del mercado de trabajo urbano de la estructura agroexportadora se ve facilitada también por el hecho de que la sociedad tradicional, basada en el comercio y la ganadería, no deja el remanente de una producción y población artesanal importante en las ciudades, por lo que este singular funcionamiento de las formas de producción capitalistas irrumpe y se transforma en dominante, sin encontrar resistencias "ludistas" ni corporativas. Esta caracterización general no excluye, por cierto, el hecho de que tanto en Rosario, Córdoba y Buenos Aires existieran núcleos de artesanos, nativos y extranjeros, como lo eran la mayoría de los dirigentes sindicales de la época.

Si la proletarianización urbana de los campesinos no encuentra resistencia corporativa, el "atractivo salario de las colonias" los mantiene en una permanente discontinuidad profesional y desplazamiento físico, situación que debe haber trabado el proceso de ruptura definitiva con su cultura campesina, así como su orientación profesional y la aceptación de las nuevas formas de disciplina social que le impone su condición de asalariado urbano. A pesar de eso, es en su inserción en las formas de producción urbanas en que los contingentes de campesinos extranjeros y nativos desarrollarán su solidaridad de clase y serán los protagonistas del formidable movimiento obrero que se verifica en el período, bajo la dirección del anarquismo primero y del sindicalismo revolucionario después.

La residencia urbana de la mano de obra agrícola explica también la casi inexistencia de organizaciones y acciones reivindicativas

⁸ Memoria de la Oficina del Trabajo de la Provincia de Córdoba, en "Anuario de la Dirección de Estadística de la Provincia de Córdoba 1916, pág. 376.

⁹ Comentario en Tercer Censo Nacional de 1914, pág. 122.

¹⁰ Juan ALSINA: *El obrero en la Argentina* publicación oficial, Buenos Aires, 1905, pág. 43

cativas en las zonas rurales; solamente entre 1917 y 1922 el esfuerzo militante de los dirigentes obreros urbanos producirá una serie de huelgas entre los asalariados rurales, las que deben visualizarse como una extensión de los notables movimientos huelguísticos que se realizan en esos años en las ciudades de Buenos Aires, Rosario y Córdoba.

La migración estacional entre campo y ciudad comienza a perder significación en forma acelerada en los primeros años de la década del veinte; esto se relaciona, entre otras causas, con que la creciente mecanización del agro produce una notable disminución en la utilización de mano de obra extrafamiliar en las tareas de recolección, cerrándose así el ciclo que fuera objeto de análisis¹¹.

3. Nivel ocupacional y acción sindical

Como se ha visto, la estrecha dependencia del mercado de trabajo agrícola-urbano determina que las variaciones que se presentan en el nivel ocupacional agrario se traduzcan en una situación similar en los centros urbanos de la pampa húmeda. Se puede suponer entonces que una demanda excedente de mano de obra rural implica una relativa plena ocupación urbana, situación que favorece el desarrollo de la organización y lucha sindical porque crea las condiciones para que la presión sindical sea más efectiva y los trabajadores puedan eludir los despidos masivos y recambio de personal, recurso que utilizan habitualmente los empresarios en ese período; además, la demanda excedente influye en el alza de los salarios, tendencia que puede ser reforzada por la presión sindical. Por el contrario, una oferta excedente de la mano de obra rural y urbana tiende a disgregar a los trabajadores, lo que repercute negativamente en la frecuencia y posibilidades de éxito de los conflictos, en una menor capacidad de negociación de las organizaciones sindicales y en un deterioro de la condición obrera. Esta perspectiva de análisis no implica sustituir la causa única "ideologista" por otra "economicista", sino poder relacionar los grados de influencia de ambas en el estudio del sindicalismo histórico argentino, en un período en que los sindicatos recién comienzan su desarrollo y lucha

para consolidar su presencia en la sociedad civil, que en forma vertiginosa comienza a esbozarse en la Argentina.

a) 1890-1910

La relación entre extensión del área sembrada del trigo y del maíz y los saldos migratorios, así como los análisis de Alejandro Bunge sobre la desocupación, permiten reconstruir la línea de evolución del volumen del empleo entre 1890 y 1922¹².

El primer período a demarcar se extiende entre 1890 y 1907/08, en el que la demanda excedente de mano de obra agrícola parece ser la tónica dominante y corresponde a los años en que se incorporan a la producción agraria importantes extensiones de territorio: entre 1898/99 y 1908/9, el trigo pasa de 3.200.000 hectáreas cultivadas a 6.063.100, lo que representa un aumento de casi el 100 por ciento; el maíz pasa de 850.000 hectáreas a 2.973.000, lo que equivale a un aumento de alrededor del 200 por ciento. Los saldos migratorios, por su parte, registran un ascenso violento entre 1880 y 1889, de 40.000 personas a 220.000 en el último año, tendencia que se interrumpe con la crisis de 1890, la que produce un saldo negativo en 1891; y si bien a partir de esa fecha los saldos migratorios son positivos, se mantienen en un promedio de 40.000 a 60.000 personas hasta 1904 y de ahí se produce un salto hasta 1910 en que se registran saldos de un promedio de alrededor de 160.000 personas por año. Según Bunge, el período que va de 1892 a 1904 es de inmigración insuficiente en relación a las dimensiones que adquiere el área

¹¹ S. BAGU, op. cit., y A. LATTES, op. cit.

¹² Los datos del área sembrada se han extraído de Ernesto TORNQUIST: *El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos 50 años* y del Boletín del Ministerio de Agricultura de la Nación, 1962. Las consideraciones de Alejandro BUNGE se encuentran en *Problemas económicos del presente*, Buenos Aires, 1920. El esquema del movimiento obrero se hizo sobre la base de Ofelia PIANETTO: "Mercado de trabajo y acción sindical en Córdoba, 1880-1930" y "Acción sindical en una estructura agroexportadora. El movimiento obrero de Rosario, 1890-1910", CLACSO, 1977 y 1978 (inéditos).

sembrada; es en esos años que en Córdoba se aplica con todo rigor la legislación de represión a la "vagancia" con el objeto de obtener compulsivamente mano de obra para el desarrollo agrícola del sur; los gobiernos bonaerense y santafecino no recurren a un instrumento legal de ese tipo, pero la prensa rosarina señala permanentemente cómo los altos salarios que se ofrecen en la campaña no son estímulo suficiente para cubrir las necesidades en la recolección de cereales, a pesar de las crecientes migraciones internas e internacionales. En 1905, la Sociedad Rural de Rosario (nucleamiento empresarial) solicita al gobierno de la provincia se facilite el transporte de braceros del norte del país para levantar la cosecha del maíz; según estos dirigentes esa necesidad se relaciona con que "...en nuestro país todo asomo de crisis para los que viven de un jornal está desvanecido por el asombroso incremento de la vitalidad con que se incorporan a la riqueza general localidades y comarcas agrícolas"¹³.

Las luchas obreras rosarinas están claramente inscriptas en el ritmo ascendente de la producción agrícola y el contexto ideológico del anarquismo: al mismo tiempo en que crece la demanda de mano de obra se crean las fuentes de trabajo urbanas, y militantes anarquistas constituyen los primeros sindicatos; en forma inmediata también se producen los primeros movimientos reivindicativos que culminan en 1896 con la primera huelga general que registra la historia sindical argentina. Hasta 1909, ese tipo de movimientos generales se repiten con intensidad, especialmente en 1902, 1904, 1905, 1907 y 1909, bajo la dirección de una central obrera que controla el anarquismo. Las huelgas generales, masivas y violentas, se realizan siempre entre octubre y febrero, período del año en que la ciudad ofrece el nivel ocupacional más favorable para los trabajadores, pero este hecho obedece también a la táctica sindical de presionar a las patronales en el momento en que se efectúa el transporte y embarque de cereales. En Buenos Aires el proceso es similar: coinciden las fechas de los movimientos generales, que muchas veces son acciones conjuntas, y también se realizan durante el transporte y embarque de cereales, atacando así directamente los intereses de la burguesía terrateniente y de los capitales

extranjeros ligados a ese comercio. En la conducción del movimiento obrero porteño también hay predominio del anarquismo, pero el socialismo le disputa influencia y consigue afirmarse en uno de los sindicatos eje de la estructura sindical, como es el ferroviario. Ferroviarios y portuarios se transforman en el grupo de trabajadores con mayores posibilidades de presión de la estructura agroexportadora. En la mediterránea Córdoba, más fabril (calzado) y comercial, es el socialismo el que organiza los primeros sindicatos en la década de 1890 y a partir de 1904 participa en los movimientos generales, adecuando su ritmo a la impronta que imponen las luchas obreras de las ciudades puerto de Rosario y Buenos Aires.

b) 1910-1916

Entre 1910 y 1916 el área sembrada de trigo se mantiene alrededor de los 6.000.000 de hectáreas, extensión que había alcanzado en el período anterior, produciendo un pequeño pico de alza en 1912/13 con 6.918.450 hectáreas; el maíz experimenta un crecimiento mayor, pero poco relevante si se lo compara con el de la primera década, de 3.005.600 hectáreas en 1909/10 a 4.203.000 en 1914/15. Los saldos migratorios mientras tanto continúan su marcha ascendente, manteniendo el promedio de alrededor de 160.000 personas por año, con cifras máximas en 1910 y 1912 que registran 208.870 y 206.121 respectivamente. Según Alejandro Bunge, a partir de 1906 comienza a producirse una oferta excedente de mano de obra, situación que se extiende hasta 1911, cuando un marcado descenso en la construcción de obras de infraestructura la transforma en desocupación, la que todavía no se manifiesta claramente porque la demanda de las excepcionales cosechas de esos años permite tapar el problema; agrega ese autor que en realidad después de 1910 el país no está en condiciones de absorber ni siquiera el crecimiento vegetativo de la población trabajadora. Los problemas económicos que genera el conflicto bélico de 1914 y una mala cosecha colocan en la realidad la situación que estaba latente y se produce una masiva desocupación que alcanza su punto máxi-

¹³ Diario *La Capital*, Rosario, 5/10/1905.

mo en 1916, cuando uno de cada seis trabajadores se encuentra desempleado. La ausencia de mecanismos por parte del Estado para morigerar las consecuencias sociales de la desocupación deriva en un enfrentamiento entre los "detentadores de alimentos" y los "hambrientos": masas de desocupados recorren las zonas agrarias asaltando trenes y negocios de comestibles, robando reses, mientras en las ciudades se improvisan "ollas populares" con la colaboración privada y pública para paliar la situación.

Es precisamente entre 1907/10 en que comienza a verificarse una notable declinación en los movimientos reivindicativos, sobre todo en la frecuencia; en Córdoba la inactividad sindical es casi total a partir de 1907, en Rosario disminuyen las huelgas parciales y el movimiento general de 1909 es el último de ese tipo, mientras en Buenos Aires los actos de sabotaje al festejo del Centenario de la Independencia del país marcan el agotamiento de las luchas obreras de la primera década del siglo. Esta declinación de la actividad sindical fue generalmente atribuida a los efectos de la represión que se ejerció sobre el movimiento obrero dirigido por el anarquismo, cuyas tácticas de lucha violenta habrían promovido también una represión enérgica que quiebra el aparato sindical. Sin embargo, surge como muy significativo el hecho de que el receso sindical se produzca casi contemporáneamente a las observaciones de Bunge sobre el exceso de inmigración en relación a la demanda de mano de obra agrícola; sin restarle importancia al factor represión, también es sugerente el hecho de que la declinación de la acción sindical se produzca simultáneamente en Buenos Aires, Rosario y Córdoba, cuando en esta última ciudad, en razón de que el movimiento obrero es dirigido por el socialismo, los hechos huelguísticos son menos violentos y la represión poco significativa. La relación desfavorable para los trabajadores en el nivel ocupacional ha debilitado la cohesión alcanzada en la primera década, y la disgregación y competencia pone un paréntesis en su desarrollo de clase. El activo de militantes de las distintas tendencias se refugia en una fuerte disputa ideológica y organizativa, de la que surgirá el predominio del sindicalismo revolucionario en la conducción de los movimientos que se inician en 1917.

c) 1917-1922

Los cinco años que transcurren entre 1917 y 1922 representan el período de mayor actividad sindical y luchas reivindicativas de los treinta años analizados, tanto por el número de conflictos producidos como por la notable combatividad que la clase obrera pone en juego con el objeto de aumentar su participación en el ingreso que genera la expansión agroexportadora. La explicación de estos hechos se relaciona también con las variaciones en el nivel ocupacional; los saldos migratorios negativos que se acumulan entre 1915 y 1919, de más de 200.000 personas, atemperan la desocupación; por otra parte, el cese de las importaciones durante el conflicto bélico estimula la actividad industrial, y con ello la demanda de mano de obra para ese sector; a su vez, el área sembrada de trigo y de maíz se mantiene en los niveles anteriores, lo que hace presuponer una estable demanda de mano de obra agrícola; los efectos acumulativos de estos indicadores señalan la recuperación de un nivel ocupacional favorable para la acción sindical de los trabajadores; a esta situación en el nivel de empleo hay que agregar salarios notoriamente rezagados desde el período de desocupación, frente a un notable incremento de los precios de los artículos de consumo, producido por la disminución de las importaciones. Nivel ocupacional favorable, salarios deprimidos y aumento en el costo de la vida crean las condiciones clásicas para que se produzca un alza de las luchas reivindicativas.

Como ocurrió en la primera década del siglo, los movimientos tienen como ejes dinamizadores a los sindicatos de ferroviarios y portuarios. La huelga ferroviaria de setiembre y octubre de 1917, conducida por los sindicalistas, recorre como una fibra nerviosa los principales centros urbanos y después de este movimiento comienzan a multiplicarse los hechos reivindicativos en Buenos Aires, Córdoba y Rosario. La diversidad comienza a enriquecer la práctica sindical y el desarrollo de la industria del enfriado posibilita que los trabajadores de los frigoríficos de Buenos Aires protagonicen importantes movimientos reivindicativos. Este auge de la acción sindical se refleja también en el crecimiento y representatividad de las centrales obreras; la FORA del IX Con-

greso, la más importante de ese período, nuclea en 1915 a 50 sindicatos, mientras en 1920 esa cifra se ha elevado a 734¹⁴. Esa cresta de combatividad obrera tiene en la capital del país su expresión más alta en la revuelta popular que se conoce como "los sucesos de la semana trágica" en enero de 1919. El movimiento obrero de Rosario, la "Barcelona argentina" de la primera década, disminuye su importancia como centro impulsor de luchas obreras, al parecer por la fractura definitiva de su conducción anarquista, o por lo menos una crisis y atomización del anarquismo que limita las dimensiones y repercusión de los movimientos; a pesar de esto, en 1918 y 1919 se organizan huelgas de numerosos sindicatos en procura de mejoras salariales y de condiciones de trabajo, la mayoría con resultados positivos para los trabajadores. En 1920 el número de huelgas es significativo y a nivel de organización se crea la Federación Obrera Provincial, con sede en Santa Fe y dirigida por el anarquismo "quintista", organismo que intervendrá activamente en los movimientos que los asalariados agrícolas realizan durante este período en la zona sur de la provincia. En Córdoba, el desarrollo de la industria del calzado coloca a esos trabajadores a la cabeza del movimiento obrero de esa ciudad, y las huelgas generales, siempre dirigidas por el socialismo, se independizan del ritmo de producción agrícola y se ven ligadas a los sucesos de la Reforma Universitaria: democratización en la distribución del ingreso y en la enseñanza confluyen en 1918 en Córdoba. A nivel estrictamente reivindicativo, tanto en Buenos Aires como en Rosario y Córdoba, además de tratar de recuperar y mejorar las conquistas obtenidas en la primera década y perdidas en el período de desocupación (supresión de multas, horario de 8 horas, condiciones de trabajo en los establecimientos, salarios, etcétera), la acción sindical centrará sus esfuerzos en el reconocimiento de los sindicatos como representantes legítimos de los trabajadores en los conflictos; durante el período 1890-1910 esta reivindicación está presente en las negociaciones de los sindicatos, pero en la transacción siempre es postergada por el aumento salarial o la disminución de la jornada de trabajo. En estos años de alza, la defensa de sus organizaciones específicas se transforma en un objetivo fundamental de los

Años	Area sembrada de trigo (hectáreas)	Saldos migratorios	Nº de huelgas (Buenos Aires)
1900	3.379.749	50.845	
1901	3.296.066	45.700	
1902	3.695.343	16.653	
1903	4.320.000	37.895	
1904	4.903.124	94.481	
1905	5.675.293	138.850	
1906	5.692.268	198.397	
1907	5.759.987	119.861	231
1908	6.063.100	176.080	118
1909	5.835.550	140.640	138
1910	6.253.180	208.870	298
1911	6.897.000	109.581	102
1912	6.918.450	206.121	99
1913	6.573.540	145.359	95
1914	6.261.000	-63.363	64
1915	6.645.000	-66.169	65
1916	6.511.000	-40.358	80
1917	7.234.000	-32.931	138
1918	6.870.000	-10.374	196
1919	7.045.000	-9.800	367

Fuentes: a) Area sembrada: Ernesto TORNQUIST: *El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos 50 años*, y Boletín del Ministerio de Agricultura, 1962. b) Saldos migratorios: José PANETTIERI: *Inmigración en la Argentina*, Ed. Macchi, Buenos Aires, 1970. c) Huelgas: Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, 1927; no se cuenta con estadísticas anteriores ni para las ciudades del interior del país.

trabajadores, en la búsqueda de ganar un espacio definitivo en la sociedad civil.

Las centrales obreras de Córdoba (local y provincial) son conducidas desde 1919 por miembros del Partido Socialista Internacional, y esa presencia se refleja en los comunicados que emiten esas organizaciones en estos años, desde donde se postula una transformación revolucionaria de la sociedad, actitud que es acompañada por el intento de los dirigentes obreros urbanos de crear *soviets* durante los conflictos de asalariados rurales en el sur de la provincia. Sin embargo, el escaso res-

¹⁴ David ROCK: *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1977, pág. 170.

paldo electoral que obtiene el Partido Socialista Internacional en la provincia permite suponer que los trabajadores prestan su consenso sindical a los dirigentes obreros de ese partido, pero no lo eligen como opción política.

* * *

Como es obvio, la reconstrucción realizada sobre el movimiento obrero sólo tiene el carácter de un rudimentario esquema de apoyo para la explicación

general. Cabría agregar, también muy esquemáticamente, que la comprensión del período de luchas obreras entre 1917 y 1922 requeriría hacer uso de las categorías de análisis que se señalaron en el primer punto del trabajo, es decir, indagar a fondo en las disputas ideológicas y políticas en el movimiento obrero que motivara la revolución de octubre de 1917 en Rusia, y en forma especial la actitud del conjunto de los trabajadores en los procesos electorales que llevaron al poder político al Partido Radical.